

SECH

AÑO III SEPTIEMBRE DE 1938 N.º 8

Edición de la Universidad de Chile

Contenido:

Homenaje a Sarmiento

E. E., *Un cuento indígena de Sarmiento.*

Domingo F. Sarmiento, *El indio Juan Chípaco.*

Ernesto Montenegro, *Un aspecto de Sarmiento, escritor.*

J. V. Lastarria, *Sarmiento.*

Alberto Romero, *Divagación en torno a Sarmiento.*

Leopoldo Lugones, *Sarmiento, escritor.*

Enrique Espinoza, *La escuela de Sarmiento.*

Arturo Cancela, *Polémica sorda.*

REVISTA DE LA
SOCIEDAD DE ES-
CRITORES DE CHILE

CeDInCI



Domingo Faustino Sarmiento

Fue el que en el campo de la literatura marcó mayor genialidad, el escritor americano de lengua española que hasta hoy se nos ha mostrado con más robusto y poderoso ingenio y más fecunda originalidad.

Unamuno.
Ensayos, t. VII, p. 104.

Un cuento indígena de Sarmiento

Escrito apenas dos años antes de su muerte, bajo el subtítulo de «Escenas en Tucumán», y como simple crónica de viaje para «El Censor» de Buenos Aires, su último diario, este relato edificante que olvidaron los críticos y biógrafos del maestro, duerme entre otros menos perdurables en el tomo XL de sus Obras Completas, sin que hasta hoy se haya vuelto a reimprimirlo, que nosotros sepamos. Merece, sin embargo, los honores de la más amplia difusión, pues se trata de una de las *Vidas* breves mejor logradasen su género por el autor de *Facundo* y *Recuerdos de Provincia*.

Sarmiento, se ha repetido muchas veces, fué fundamentalmente un novelista que no llegó a realizarse del todo a causa de la época aciaga en que le tocó vivir y los problemas urgentes y forzosos que tuvo que afrontar como ciudadano de un país en guerra por su libertad. Esta hermosa historia del indio Juan Chipaco es una prueba irrefutable de su nunca desmentida vocación.

A nosotros nos recuerda particularmente aquel extraordinario cuento de Guillermo Enrique Hudson, titulado *El Ombú*, cuyo «Apéndice sobre la invasión inglesa y el juego del pato» ofrecimos en uno de los números anteriores de SECH.

Desde luego, Sarmiento no alcanza en su historia la sabia perfección de Hudson en el dibujo armónico de los distintos episodios; pero tres rasgos semejantes saltan a a vista en ambas creaciones y nos hemos sentido tentados de poner las últimas líneas de «Juan Chipaco» a manera de acápite para hacer más evidente su coincidencia con las primeras de *El Ombú*.

Al fin optamos sólo por suprimir las consideraciones circunstanciales de la introducción y algunas anécdotas acerca de la crueldad de Oribe, indicándolo en cada caso con unos puntos suspensivos. De poseer Sarmiento una técnica tan depurada como la de Hudson y escribir con menos prisa hubiera podido elaborar aquellas digresiones sin interrumpir el relato más de lo necesario. De cualquier modo, aunque en crudo, «El Indio Juan Chipaco», se nos aparece como un antecedente honrosísimo de *El Ombú*. Y esta continuidad literaria además de histórica es harto significativa.

Creemos que vale la pena destacarla sobre todo ahora que tantas pretendidas diferencias étnicas están a la orden del día. Sarmiento, contrariamente a Hudson, no admiraba al gaucho ni a su ancestro indígena; pero sí no en la sangre, los sentía profundamente en el espí-



Cómo está hoy, sin árboles y con un poco de estuco, la casa donde enseñó Sarmiento, en Pocuro (Los Andes).

ritu de la tierra común. Así pudo recoger libre de prejuicios esta historia de la homónima provincia de Santiago del Estero, en el mismo corazón de la Argentina.

E. E.

El indio Juan Chipaco

por

DOMINGO F. SARMIENTO

I

... Juan Chipaco era un indio santiaguense, dotado de cualidades morales que no son siempre cristianas, pues a veces descienden de las condiciones peculiares a otros linajes, como la obstinada adhesión al patrón, al amo, a la casa, que lo acerca al perro, en su fidelidad y amor.

En el huerto de naranjos que se conserva al lado del ingenio de la Cruz Alta, señalase un naranjo especial de talla crecida, a cuya sombra se cobijó hasta su muerte el indio Juan Chipaco, cuidador del plantío, desde un ranchito de su hechura que le servía de asilo.

Es tan notable este tipo de moral india, que es acto de moral conservarlo, como uno de los rasgos característicos de la raza que conquistó estos países y sometió a sus habitantes, acerbándonos a las tradiciones del imperio de los Incas, cuya lengua quedó por estos bosques, en sus descendientes.

Juan Chipaco, aparece desertor del ejército de Oribe, buscando refugio por estos campos de Tucumán. No se ha olvidado cómo se reclutaban nuestros ejércitos de la guerra civil. Las partidas salían a reunir gente como la leva antigua y como la press inglesa, para remontar de marineros la escuadra. Los prisioneros son entregados a los jefes de cuerpo para llenar los vacíos que ha dejado el combate o la desertión. El soldado no tiene partido ni opinión. Los pobres, como decía Rozas, pertenecen al partido federal; los negros fueron en cuerpo y alma de la patria; los indios de quien los mande, eso ya se sabe.

Juan Chipaco se encuentra soldado de Oribe, no se sabe cómo; pero cuando el ejército se prepara a regresar para abajo, el indio quíchua encuentra que es demasiado pedirle, y deserta con un compañero de raza y patria al bosque que la crónica en su efímero pasaje recuerda por el Cordero.

Andaban ambos prófugos huyendo de las miradas de todos en aquella época de terror, y acaso por buscarse la vida, que no

siempre se halla en los campos solitarios, se acercaron a alguna población, donde apercibiéndolos los soldados de Oribe emprendieron la persecución hasta que dos tomaron a Cordero, acaso peor montado que Juan. Quedaría éste en acecho por los vecinos sotos de quebrachos y arbustos espinosos cuando oyó balar a su compañero en tan lastimeros términos, que no dudó que lo estaban degollando o por degollar, como era práctica casera en aquella época maldita de canibalismo. Oribe, sus subalternos y sus sargentos aplicaban este remedio a todas las enfermedades políticas como se ha usado algún tiempo la sangría.

... Juan Chipaco, ya salvo, acudió sin embargo al lado de su compañero, mató un soldado, hirió al otro, y llamó siempre Cordero al que con tan terrible alarido había pedido socorro.

Quedaron en los alrededores de Tucumán siendo desertores, y se fueron acercando a las casas después de restablecida la paz. Fué Chipaco aceptado peón en la finca de a Cruz Alta, que mediaba entre la ciudad y el desierto intermediario hasta Santiago, con lo que podía hacerse la ilusión de que estaba en sus términos, o que tenía a su alcance la puerta del campo.

II

Andando el tiempo y gozando de gran valía con su patrón robáronle a éste el caballo de estima de su silla, y Juan Chipaco era rastreador como Calibar, pues es dote de los habitantes del desierto seguir el rastro, más que peculiaridad árabe o india. Habrá rastreadores en el país donde no hay todavía caminos trillados.

Dos días después, Chipaco dió cuenta de su encargo. «Te han robado el caballo, sacándolo por tu misma puerta, patrón. Lo han llevado a lo de la santiagueña, a donde paraban los ladrones. De allí sale el rastro para Santiago; no te ocupes del caballo. Dalo por perdido»—le decía según la gramática del quíchua que trata de tú y vos a los blancos, cualquiera que sea su graduación.

La santiagueña era una mujer de dudosa existencia, teniendo parada para ambulantes de su misma calaña. Verificado el rastro en los alrededores del rancho, el crimen y la complicidad estaban confesados.

El amo del caballo y señor feudal del lugar, de que era inquilina la santiagueña, resolvió castigar ejemplarmente el delito de hurto, con connivencia de aquella posadera; y haciéndola venir a las casas de la Cruz Alta, y confesado el delito, pasó a Juan Chipaco el chicote que el jinete lleva siempre en las manos, que es caballero desmontado todo dueño de casa de campo, y ordenó al que había descubierto el robo, dar a la encubridora cincuenta azotes. Chipaco había tomado maqui-

nalmente el chicote, mientras el patrón, Posse, afeaba a la delincuente su maldad; pero reiterada la orden con la última palabra, Chipaco permaneció inmóvil con el cabo del rebenque en la posición en que lo había tomado, los ojos fijos en los del iracundo Juez y la sonrisa de la resignación del mártir resuelto a todo, sin oponer otra fuerza que la de la inercia. Insistía Posse, reiteraba la orden a gritos, sin obtener un movimiento, ni una disculpa. Fuera de sí desde que se persuadió de que era irrevocable la tranquila y silenciosa negativa a ejecutar la sentencia, Posse le arrebató el rebenque y le descargó por la cabeza varios golpes al empacado servidor.

Es de creerse que este exceso no cambiaría la fisonomía plácida, la mirada estólida, la sonrisa resignada que tanto debieron irritarlo. La escena concluyó despidiendo a la mujer y al servidor y quedándose solo para pensar en la extrañeza de lo sucedido, y el acto de violencia a que la cólera lo había arrastrado. La mujer culpable debió abandonar para siempre el lugar; lo que hizo cesar el movimiento de intrusos y foráneos por aquellos alrededores, mientras que en el interior de la finca se echaba de menos la figura tranquila de Chipaco, más que ofendido, avergonzado de su desgracia y esquivando presentarse ante el ofensor verdadero.

Acosáballo el remordimiento al dueño de casa, y arreciando el malestar a medida que transcurrían los días, resolvióse enderezar el entuerto dando cumplida satisfacción al agraviado. Hízolo buscar y decirle que deseaba hablarlo, y en viniendo con ánimo apocado y acercándose a pasos contados, mucho debió impresionarlo el sincero arrepentimiento de su patrón, y la casi humildad con que imploró de su sirviente el perdón, abundando en declaraciones de afecto que en verdad eran excusadas por estar de manifiesto. Para poner el sello de la reconciliación entre el blanco y el indio, entre el barón feudal y el sirvo, como antes había puesto en manos de Juan el látigo de la justicia, ponía esta vez el premio de la virtud en un puñado de plata. Juan hubo de mirarla con los mismos ojos sorprendidos que el rebenque; pero reteniéndole el puño cerrado la mano afectuosa del domador pródigo, pues era un caudal lo que le daba, veinte pesos, despejó Juan su ceño, dejó ver la dentadura de marfil del indio, y levantando el brazo, y tomando el portante, gritó al salir, y arrojó al cielo las monedas para que descendieran en lluvia sobre una muchedumbre ausente, «que todos tomen y se diviertan con la plata del patrón, que yo no recibo dones ni acepto castigo por cumplir con el deber».

III

Quedó con esto restablecida la buena inteligencia en la servidumbre, continuando en sus puestos cada uno, hasta que

un día pidió Juan Chipaco, despertándose en su alma de súbito el amor al terruño olvidado, permiso para ir a pasar los días festivos del carnaval que se acercaba, entre sus amigos, vecinos y deudos, de que no tenía noticia desde la época de la leva que lo hizo soldado y de la deserción que lo libertó. Fuéle concedida gracia tan merecida, reunió sus mejores prendas, y montado en su buen caballo se dirigió hacia el Este por caminos practicados entre Tucumán y Santiago. ¡Cuánto debió divertirse en aquellas corridas de caballo en que los paisanos acometen a los ranchos en festiva algazara, y festejan a su manera a las mujeres, no sin que algunas sabinas pasen por equivocación al campo de los romanos!

Muy divertido debió estar el carnaval en el pago de Chipaco, en Santiago aquel año, puesto que pasó el día de ceniza, transcurrió la cuaresma y sobrevino la semana sin que en la hacienda de la Cruz Alta se tuviese noticia de Juan Chipaco, que por lo visto había tomado por pretexto el juego de carnaval, para volverse a su pago definitivamente, desertando de su puesto y ahorrándose las emociones de una despedida o ser tachado de ingrato y reconocerlo, o ceder al fin a las afectuosas instancias de su patrón para que permaneciese.

Preocupábalo a éste aquella súbita determinación de abandonar el buen indio, no encontrando en sus recuerdos incidente alguno que la motivase, y una vez que recorría algún departamento de la finca, pensando en ello, al andar del caballo, no sin gran sorpresa vió salir de entre un cañaveral un indio desgñado, vestido de harapos y con los cabellos esparcidos en mechones desaliñados, que se dirigía hacia él, haciéndole seña de detenerse para hablarlo. Era la sombra de Juan Chipaco, descarnando, apenas cubiertas las carnes, y como si la enfermedad y los años lo hubiesen desfigurado.

«Necesito hablarte, patrón, en secreto — dijo Juan al acercarse — y quiero que me oigas con calma como yo te oí cuando me pegaste, porque necesito tu amparo, después de la desgracia que me ha sucedido. Vengo a pedirte que me lleves ante el Juez, para saber si he cometido delito, matando un hombre que me venía a matar a mí; que me castiguen como merezco o me absuelvan, porque no es vida la que llevo a montes, huyendo del temor de que me tomen, como de mí mismo, creyéndome matador sin que pueda defenderme por falta de patrón que declare que soy hombre de bien, y no he hecho voluntariamente mal a nadie.»

Pasó luego a narrar lo sucedido, y es que en las corridas de carnaval dió con los ladrones del caballo de su patrón, los cuales estando tomados resolvieron matarlo, por haber denunciado el hecho, y él huyendo trató de ganar la habitación de la misma santiagueña que había sido cómplice del robo y se había trasladado a aquel lugar, y a quien él había salvado de ser castigada, por haberse negado a hacer de verdugo; pero al pisar en

el umbral del rancho, huyendo de sus perseguidores, cuchillo en mano, tropezó y cayeron dos sobre él, logrando sin embargo desembarazarse y clavarle a uno de ellos su propio cuchillo y ponerse de pie, visto lo cual fugó el otro y pudo montar de nuevo a caballo y tomar el campo.

El caso era arduo para el patrón consultado, no porque dudase de la verdad de Juan Chipaco, siéndole conocida su índole pacífica, sino por las dificultades del caso ocurrido en otra provincia, y cuyos jueces en aquellos tiempos eran paisanos oscuros, ignorantes o simples comandantes de campaña de Ibarra, pudiendo suscitarse la deserción que lo pondría a merced de los paisanos salvajes de la época de barbarie y crueldad sanguinaria que atravesaba el país entero, o tenerlo preso años, o mandarlo como soldado a la frontera para siempre.

Fué en vano tratar de disuadirlo del empeño de ser presentado a la justicia, no siendo para él tan claro lo de la jurisdicción, ni siendo posible que don Wenceslato Posse se trasladase a Santiago, a abogar por la inocencia de su cliente.

Gobernaba a la sazón en Tucumán don Celedonio Gutiérrez, y para abrir el camino o allanar las dificultades, fué necesario verlo e imponerlo de lo sucedido, con la historia singular del individuo.

Captóle de tal modo la voluntad el romance casi caballescresco del indio, que para darle una prueba de tenerlo por bueno, al mismo tiempo que ponerlo a cubierto de toda persecución, pidió al patrón que se lo cediese para asistente, encargándole especialmente el cuidado de sus caballos. Gustan los caudillos siempre de rodearse de homicidas que imponen al vulgo con su fama siniestra, y dan realce al jefe que sabe someterlos a su dominio personal, como si fueran dóciles perros de presa. Juan Chipaco aceptó con resignación la reivindicación por este medio asegurada, entrando al desempeño de sus funciones de caballero del General, como había sido mayordomo o capataz en la hacienda de su patrón; y no volvió a hablarse más de Juan Chipaco durante meses, hasta que un día Gutiérrez propuso a Posse devolverle al indio, que llenaba cumplidamente sus deberes, pero no podía disimular la pena que le daba estar lejos de su antiguo protector, como se lo había propuesto él mismo, cuando lo hubo interrogado a este respecto. Muy alegre y feliz se mostró al volver a su casa antigua, haciéndose entonces el ranchito que debía habitar en adelante como hortelano, al pie del naranjo que conserva hasta hoy su memoria. No se dispuso del todo sin embargo aquella habitual melancolía, que le valió su libertad, pues pasado algún tiempo volvió a solicitar de su patrón una audiencia con el encarecimiento de pedir «un favor que no me negarás».

Concitado a explicarse, después de mil circunloquios, y de ponderar el tamaño del servicio, como de la imprescindible obligación de concedérselo, en nombre de promesas antiguas

y reiteradas, se precisó la demanda de veinte pesos en plata que urgentemente necesitaba. Nuevas dificultades para conceder suma entonces reputada crecida, y mayor dificultad para declarar el destino que aquel caudal había de recibir. Al fin compelido el indio a expresarse por la promesa de otorgarle el pedido si su objeto era justo, confesó que por años lo había atormentado el remordimiento del mal involuntario que por deber hizo a la santiagueña, de denunciarla como cómplice del robo del caballo, habiéndola encontrado en la miseria rodeada de hijos en el rancho miserable donde él fué a asilarse, cuando los ladrones cayeron sobre él para matarlo. Los veinte pesos que pedía eran para mandarle en descargo de su conciencia. Le fueron mandados y Juan Chipaco murió en edad muy avanzada en la quinta que es hoy el ingenio de azúcar más bien dotado de maquinaria.

El huerto de naranjos adyacente a las casas subsiste aunque raleado por la temprana caducidad de muchos árboles, que al secarse dejan irreparables claros. El viejo Posse visita de tarde en tarde la finca paterna, y cuenta larga serie de años, habiendo pasado de hacendado a la manera antigua y patriarcal de Tucumán, a empresario y fabricante en grande de un producto que más daba antes guarapo, miel y azúcar prieta y chancaca, que la casi refinada que lleva la marca W. Posse a los extremos de la República. Esta es la historia moral de Juan Chipaco, contada al pie del árbol que le dió sombra en verano, por el gerente de la fábrica, el doctor Alurralde, ex-Ministro, redactor de diarios en su juventud, y en todos tiempos amante de su provincia y sostenedor de la libertad de la República.

Como se la dieron, la da para sus lejanos amigos,

D. F. S.

Un aspecto de Sarmiento, escritor

por

ERNESTO MONTENEGRO

Con ocasión del cincuentenario de la muerte de Sarmiento, se hará su elogio en todos los países de América y por todo género de publicistas. Su personalidad polifásica ha de tentar la crítica de educadores, políticos, historiadores, hasta militares. En todo eso y en mucho más dejó su huella el alma fecunda e inquieta de Sarmiento; pero me atrevo a afirmar aquí, nada más que por sentirlo de tal modo, que sus varias actividades no son más que derivaciones de su talento creativo

de escritor. El es a todas luces el temperamento de escritor más espontáneo que hayamos tenido en América, porque no se ha visto entre nosotros hombre con menos letras que haya influenciado de tal modo el pensamiento de América.

Creo que podrían trazarse todas sus actitudes hasta esa original posición del hombre de pluma que comprende que el «conformismo» con el ambiente es lo que delata la mediocridad de un escritor y esteriliza su obra. El fué siempre un disconforme—enemigo aún de lo bueno por anhelo de lo mejor—y por más que las academias hoy le consagren sus homenajes, él jamás ni en su vejez pudo sentirse cómodo en un sillón académico. En puridad, su obra de político vino a continuar en la formación de la nacionalidad y en la constitución de la República la acción de su jurado enemigo, y en la educación como en la milicia, no aportó ideas nuevas ni ejerció influencia genial; pero en sus escritos, y particularmente en su interpretación del criollismo americano en «Facundo» y «Recuerdos de Provincia», su imaginación preñada de intuiciones se desborda en una fecundísima serie de enseñanzas.

¿Imaginación? Ciertamente. El escritor que describió la sencilla majestad de la pampa antes de haberla visto, tenía en sumo grado esepoder de la fantasía creadora que suple al hecho material, que encadena las nociones aisladas en una visión orgánica, y reconstruye al hombre recogiendo los hechos aislados y al parecer disconformes que fué dejando sembrados a lo largo del camino de la Historia. Sarmiento nació escritor: nació para recoger ideas y transmitir las con la poderosa resonancia de su voz; y todo lo que llegó a ser lo fué por virtud de su influencia de escritor.

El escritor vuelve a crear la vida. Los caudillos del período anárquico de América no fueron ciertamente como los conocemos en las páginas de Sarmiento. Facundo, El Chacho y demás son, desde entonces, como los vió Sarmiento, y así los veremos todos hasta el fin de la literatura. ¿No lo reconoció él mismo, con involuntaria satisfacción de padre, cuando dijo: «Todos los caudillos llevan mi marca»? Nada más que porque él era también un caudillo; porque obediente a la ley de los tiempos, y habiendo nacido demasiado tarde para pelear en las guerras de la Conquista o de la Independencia, domó a medias sus pasiones para ponerlas al servicio de la lucha de la Civilización contra la Barbarie. Pero no hay que engañarse por eso. Su temperamento de escritor, toda su hombría rinden en el fondo homenaje de denuestos y sarcasmos a lo que había de bravo, de altivo y de indomable en los caudillos pampeanos. Es claro que no habría podido comprenderlos como los adivinó si en la retorta de su temperamento no yacieran sublimadas las cenizas del «salvaje» Sarmiento, del bárbaro domador de potros y degollador de hombres.

Todos esos instintos combativos están de manifiesto en

cada palabra que escribe. Rozas le inspira con el odio a la tiranía arranques de igual exaltación a los que el amor puede arrancar a un poeta. Como al Hugo de Los Castigos, su musa más propicia es la Indignación. Una insultante amenaza de Quiroga a su madre, le arranca la condenación magnífica de Civilización y Barbarie; y las pullas sangrientas de los literatos chilenos, artículos de diario que sientan doctrina permanente en la cuestión del estilo y de filosofía social en América.

Pero la demostración a mi ver más clara de la preponderancia del temperamento de escritor en el hombre Sarmiento, se halla en lo irreductible de su personalidad, amasijo de cualidades y defectos extraordinarios, desigual, atropellada, contradictoria. Un gran escritor es ante todo una prueba suprema de humildad y obediencia; rebelde contra todo, desdeñoso de la aprobación oficial o de los honores ficticios, el verdadero escritor es sin embargo dócil como una criatura a lo que Sócrates llamaba en el sentido pagano «su demonio interior», su espíritu familiar. Esa voz interna que suele hacerle descomedido, inoportuno, indiscreto, hasta injusto por el momento, es con todo la única que él obedece ciegamente, contra todas las advertencias y sollicitaciones de afuera.

Hay que aceptar pues a estos hombres tales como son. La pretensión de pulir su estilo o domesticar sus ideas es fatal para ellos y para la sociedad. Por más que ellos se lamenten de su propia condición, no hay más que dejarlos. Socorrerlos es matar lo mejor que hay en ellos, pues de su salvaje independencia del momento depende la salvación de su alma en cuanto escritores. La generación siguiente lo reconocerá mejor y se congratulará de ello, aún cuando el grande hombre sobreviviente recuerde con melancólica obstinación «la injusticia» de su época.

Buenos Aires, Agosto de 1938.

Sarmiento

por

J. V. LASTARRIA

Por aquel tiempo estaba ya entre nosotros la brillante emigración argentina que había lanzado a este lado de los Andes la tiranía de Rozas y de sus aliados, los caudillos de provincia y la sangrienta guerra civil que había terminado con la ruina de Lavalle, de Paz y de los demás jefes unitarios que habían sucumbido por libertar a su patria.

En los primeros días de Enero de 1841, José María Núñez nos habló de un emigrado argentino, muy raro, a su parecer, que debía presentarnos; y por cortesía nos anticipamos a ser presentados a él. Vivía en el departamento del tercer piso de los portales de Sierra Bella, que estaba situado en el ángulo de la calle de Ahumada. Era éste un salón cuadrado muy espacioso, al centro una mesita con una silleta de paja y en un rincón una cama pobre y pequeña. A continuación de ésta, había una larga fila de cuadernos a la rústica, arrumados en orden, como en un estante, y colocados sobre el suelo enladrillado en el cual no había estera ni alfombra: esos cuadernos eran las entregas del Diccionario de la Conversación que el emigrado cargaba consigo, como su único tesoro, y que a los pocos días fué nuestro, mediante cuatro onzas de oro, que él recibió como precio, para atender a sus necesidades.

El hombre realmente era raro: sus treinta y dos años de edad parecían sesenta, por su calva frente, sus mejillas carnosas, sueltas y afeitadas, su mirada fija pero osada, a pesar del apagado brillo de sus ojos, y por todo el conjunto de su cabeza que reposaba en un tronco obeso y casi encorvado. Pero eran tales la viveza y la franqueza de la palabra de aquel joven viejo, que su fisonomía animaba con los destellos de un gran espíritu, y se hacía simpática e interesante. Después de hablarnos de su última campaña, de su derrota con el general Lamadrid, de su paso por los Andes, donde estuvo a punto de perecer, con todos sus compañeros, por una larga y copiosa nevada, que los sitió en la casilla de las Cuevas, nos habló con el talento y la experiencia de un institutor muy pensador, sobre instrucción primaria, porque aquel hombre tan singular era Domingo Faustino Sarmiento, el entonces maestro de escuela y soldado en los campos de batalla contra la tiranía de Rozas, el formidable diarista, al poco tiempo después, el futuro presidente de la República Argentina... Tanto nos interesó aquel embrión de grande hombre, que tenía el talento de embellecer con las palabras sus formas casi de gaucho, que pronto nos intimamos con él; habiéndole indicado que abriese una escuela para ganar su vida, le ayudamos a fundarla en aquellos mismos departamentos solitarios del tercer piso de los portales, comenzando desde entonces a allanarle el camino para la dirección de la escuela normal de preceptores que tenía en proyecto don Manuel Montt, quien era a la sazón el ministro que servía de centro a las esperanzas de todos los que anhelábamos por un cambio de política, y por una protección más inteligente y más decidida a la instrucción pública. Poco después le presentamos en casa de aquel ministro, dando así origen a una larga amistad, que hoy mantienen ambos después de habérsela comprobado con recíprocos servicios. En esa visita, Sarmiento nos impuso la compañía de otro emigrado amigo suyo, llamado Quiroga Rozas, quien, por sus pulidas formas era su contraste,

y por su feliz memoria para encuadrar en su conversación cuanto sabía de historia, de anécdotas y de dichos célebres era un tipo de pedante, digno del pincel de Moratín. El joven ministro, que por haber sido rector y compañero nuestro en el Instituto, nos honraba con su confianza, nos reveló después que había distinguido al primer golpe de vista a los dos presentados, y que había adivinado en Sarmiento el talento que muy pronto comenzó a utilizar en la prensa política y que utilizó también para plantear la escuela normal.

Un día de Febrero de 1841, cuando ya Sarmiento nos contaba entre sus amigos, nos leyó un artículo sobre la victoria de Chacabuco, cuyo aniversario estaba próximo. La pieza nos pareció bien pensada y mejor elaborada, y no vacilamos en remitírsela a Rivadeneira, que entonces mantenía El Mercurio de Valparaíso sin redacción y viviendo de las correspondencias que sus amigos de Santiago y entre ellos nosotros, le remitíamos de vez en cuando. El artículo de Sarmiento, que se publicó en el número del día 12, llamó la atención, y tanto, que Rivadeneira nos escribió comisionándonos para que ofreciéramos al autor treinta pesos mensuales por tres o cuatro editoriales en cada semana. Sarmiento vaciló, pero después de ser alentado por los que le apreciábamos, pasó a ser el rector y el amigo de Rivadeneira, y entonces dió principio a esa larga vida de diarista en que ha peleado tantas batallas y ha segado tantos laureles como abrojos.

—De Recuerdos literarios.

Divagación en torno a Sarmiento

por

ALBERTO ROMERO

Con don Domingo Faustino Sarmiento se realiza el milagro de una vida genial cuyo contenido perdura como un símbolo de renovada actualidad en el cambiante panorama americano.

El 15 de Febrero de 1811, mal desmontado el escenario de la colonia y cuando las brisas de la emancipación no lograban disipar en el horizonte los polvorazos de la guerra, nace Sarmiento en los valles de la apartada provincia andina de San Juan. Hijo de un hogar pobre y honorable, argentino de auténtica cepa cuyana, la vida no tarda en imponer al niño ese signo de precocidad que es augurio de un destino superior.

Sarmiento, servidor y discípulo de la vida, se entregó a

ella con pasión e imponiendo su voluntad, salva los obstáculos que le oponen el adormecido ambiente de la provincia para ir a beber la lección que haría de él un hombre de acción, un creador de conceptos, como Alberdi, un héroe de la causa civilizadora. Sobrino de frailes revoltosos, el niño Domingo Faustino admira la verba encendida del cura Albarracín, el dinamismo del Padre Oro.

Sacudida su Argentina por las obscuras revoluciones que se sucedieron a la lucha libertaria, desorganizada América, el autodidacta, el organizador en agraz, desdeñando los juegos propios de la edad, las sollicitaciones del amor, las posibilidades de labrarse una situación de bienestar material, se da a leer la biografía de los grandes hombres y repasa desordenadamente a los enciclopedistas franceses, enlazando en la intuición del verbo revolucionario la idea de concretar el tipo de hombre ejemplar que requería América para la realización de sus directivas.

Concreción de elementos disímiles que hacen del hombre el predestinado genial, Sarmiento encarna en la rectitud de su existencia útil y múltiple, el drama de los grandes avizores del porvenir, de los que realizan su destino en función de mañana. Voluntarioso, sensual, vehemente, altivo, combate sin tregua las negras dictaduras que manchan el suelo argentino y en esta escuela de la acción, adviene el predicador, se forja el soldado, el hombre henchido de humanidad que sueña con una Argentina abierta al mundo.

Niño alférez a los 15 años, desafía la muerte con arrojo, estampando su primera lección de altivez en presencia del general que faltó a la cortesía que él practicó como norma invariable en la paz y en la guerra.

«Era yo tendero de profesión en 1827—dice, describiendo el incidente—y no sé si Cicerón, Franklin o Temístocles, según el libro que le a en el momento de la catástrofe, cuando me intimaron por tercera vez a cerrar mi tienda e ir a montar guardia en el carácter de alférez de milicias, a cuyo rango había sido elevado no hacía mucho tiempo. Contrariábame aquella guardia, y al dar parte al gobierno de haberme recibido del principal sin novedad, añadí una reclamación en la que me quejaba de aquel servicio, diciendo: «Con que nos oprime sin necesidad». Fuí relevado de la guardia y llamado a la presencia del coronel del ejército de Chile, don Manuel Quiroga, gobernador de San Juan, que a la sazón tomaba el solcito, sentado en el patio de la casa de gobierno. Esta circunstancia y mi extremada juventud, autorizaban naturalmente el que, al hablarme, conservase el gobernador su asiento y su sombrero. Pero era la primera vez que yo iba a presentarme ante una autoridad, joven, ignorante de la vida y altivo por educación, y acaso por mi contacto diario con César, Cicerón y mis personajes favoritos; y como no respondiese el gobernador a mi res-

petuoso saludo, antes de contestar yo a su pregunta: ¿Es ésta, señor, su firma?, levanté precipitadamente mi sombrero, calé-melo con intención, y contesté resueltamente: sí, señor. La escena muda que pasó en seguida, habría dejado perplejo al espectador, dudando quién era el jefe o el subalterno, quién a quién desafiaba con sus miradas, los ojos clavados el uno en el otro, el gobernador empeñado en hacérmelos bajar a mí por los rayos de cólera que partían de los suyos, yo con los míos fijos, sin pestañiar, para hacerle comprender que su rabia venía a estrellarse contra una alma parapetada contra toda intimidación. Lo vencí, y enajenado de cólera, llamó a su edecán y me envió a la cárcel.»

El genio creador del gran sanjuanino se cristaliza en sus fracasos de organizador, en el sacrificio de su realidad de escritor, en su vida atormentada por desventuras sentimentales de todo género.

Intuitivo, racionalista, Sarmiento echa las bases de la escuela normal de preceptores; organiza, en equivalencia con los cursos que hoy tiene establecidos nuestra Universidad, cursos de perfeccionamiento para los maestros. Racionaliza la enseñanza de las primeras letras, funda un internado para señoritas, asigna al dibujo una importancia esencial como elemento interpretativo del carácter y los ciegos disponen del primer material de aprendizaje con los cartones en relieve que ideara el maestro argentino en su solicitud por redimir a la humanidad del estigma de la ignorancia.

Amigo de Montt, de Lastarria, de Vicuña Mackenna, en el fragor de la lucha política, en la que el estadista clamaba porque le dieran imprentas para diseminar las ideas a lo largo del territorio argentino, grita: «Denme patria donde me sea dado obrar, y les prometo convertir en hechos cada sílaba, en poquísimos años.»

Imaginación delineada en el marco de una inteligencia potente, don Domingo Faustino, requerido por la turbulenta realidad argentina, por la realidad exaltada de su América, aplicó a ellas su empuje visionario, ahogando al poeta que vibra en el amor a los niños, los pájaros, las flores y despunta en ternura cuando ve asomar la varilla escueta del primer eucaliptus que él importó a la Argentina. Inhábil para las labores manuales, dedica las horas de su vejez a podar la hiedra cultivada en su casita de la calle Cuyo para la tumba que guardaría sus despojos.

Vida de sacrificio templada en el amor a la gran patria que

lo ensordecíó escuchando el derrumbre de sus instituciones, Sarmiento se hace periodista porque el tiempo exigía ir rectamente a la exposición de la idea concreta, precisa, clara. Y en esta tarea va quedando el gran escritor que siete años antes de conocer la pampa la describe en una interpretación magistral.

Cuando la novela desempeñaba poquísimos papel en la atención de los hombres de su generación, Sarmiento declara que «las novelas han educado a la mayoría de las naciones», y yuxtaposición de los tiempos, en 1884, el pulcro traductor de los clásicos viene a Chile trayéndonos el mensaje del Presidente Roca para organizar un Congreso Latino Americano de traductores.

Fe de escritor, vocación literaria sacrificada en su afán de ser útil, en la introducción de la «Vida de Dominguito», apunta esta confesión: «puesto que el deleznable papiro dura más que el duro bronce, en estas breves páginas ha querido su padre, como en el de los ritos mortuorios que trae consigo la momia egipcia, conservar los lineamientos de su corta vida, para que estimen su nombre los padres que sobreviven a sus hijos, los jóvenes que aman siempre a su patria y le consagran sus desvelos y su vida. Tal es el deseo de su padre.»

Personaje llamado a sobrevivirse, la existencia luminosa de Sarmiento surge del fondo dramático en que transcurrió para cobrar vigencia en cada etapa de camino.

Maestro exonerado de su escuelita de Pocuro, peón minero en Chañarillo, comerciante en Valparaíso, militar, periodista, educador, Sarmiento fué nuestro en la política, nuestro en la polémica, en el goce de su vida sentimental malograda, como lo fuera Bello.

Sarmiento, el «Loco»; Sarmiento, el de la vida ejemplar y sin murallas, cumple su destino hasta la muerte, con implacable rigidez.

Hipertrofia del corazón, dicen los sabios, el corazón engrandecido de don Domingo Faustino se sobresalta a media noche, y el anciano maestro quiere morir frente a la mañana cuyo advenimiento presiente estriado de luz, poblado de cantos de pájaros como presintió el futuro argentino, el futuro de la América.

Pero la mañana paraguaya tardaría mucho tiempo en limpiar las tinieblas que ennegrecen los cristales, y don Domingo Faustino Sarmiento cede al llamado sin exhalar un grito.

Sarmiento, escritor

por

LEOPOLDO LUGONES

Sarmiento fué periodista antes de ser autor de libros, circunstancia cronológica que determina, como es natural, la formación del escritor, y con esto el examen crítico.

Las cualidades y defectos más prominentes de aquél, son rasgos de periodista. Las peculiaridades que producían en su prosa la impresión del estilo, siempre urgente. La gala literaria, resultante de un temperamento nativo de escritor, le viene al correr de la pluma. Por esto es siempre fragmentaria y comúnmente de tocos engarce. El positivismo es también su cualidad dominante, y de aquí la escasez de metáforas. El periodista debe decir las cosas directamente, interesando a su lector con el valor intrínseco de las mismas. Esto excluye también el sistema filosófico y literario. Las ideas, tanto como la literatura del periodista dependen de la impresión de su día. Son fugaces por naturaleza, como la hoja en que las edita. Su lógica es la de los acontecimientos, no la de las ideas.

Sarmiento subordinó sus dotes de escritor a estos rasgos de periodista. En otro ambiente y con otra misión, habría hecho novela. Su memoria fidelísima del colorido y de los detalles, su imaginación constructora, su nativo arte de contar, formaban el don característico de reproducir el paisaje y el hombre. La determinación de éste por el medio, hízolo adelantarse con su literatura, a la biología y a la filosofía de idéntico procedimiento. Lo que constituye su unidad, es la propaganda de la civilización, proveniente de su amor a la patria. Porque en Sarmiento, las letras fueron un medio y no un fin. Si tomó el procedimiento más natural y eficaz de expresar las ideas, es porque éstas constituyen la civilización, o por mejor decir, la libertad sinónima.

Sarmiento transformó efectivamente la prensa americana. Sus artículos, que conservaban el aspecto denso y la longitud, ahora excesiva, de los desarrollos doctrinarios, compónense de hechos y de ideas. La vanilocuencia del teorismo y de la injuria ha pasado. Queda sólo el casco repleto, en el tempestuoso desarrollo del buque, arrasado por los huracanes políticos. Aquellos artículos macizos como vigas, son la andamiada de la nacionalidad futura; y en ellos aletea o canta, al pasar la genuina poesía del recuerdo y de la esperanza, como una golondrina fugaz en el mechinal de la pared inconclusa.

De ahí también que no sea «suetista». Su concepto tiene

demasiada amplitud y demasiada trascendencia para resignarse a ese epigrama en prosa. Es el caso de Hugo con el soneto.

El estilo galopado del editorial dilata un frémito de tormenta preñada de agua, desasosiegase relumbrando como las olas del mar tórrido con su ardentía tempestuosa; o lanza chispas de sátira y de ingenio con la escabrosidad de la pluma que raspea furiosa, devolviendo en epigramas candentes las injurias polémicas del alquillón soez, así ruidosas de su propio escándalo, como chillaba el escupitajo sobre la suela de la plancha.

Todo esto necesita un idioma propio que el árido purismo no podía dar, y que fué el comienzo de la reforma, en polémica famosa contra los académicos de Chile.

Don Andrés Bello, aquel solemne literato venezolano, más meritorio ante la posteridad por sus trabajos de publicista que por sus odas, pesadas y trabajosas como carretas, capitaneaba la purista falange. El argentino la derrotó sin trabajo, con artículos admirables que deberían ser trozos selectos para nuestras clases de literatura. Su doctrina tenía por fundamento esta gran conquista romántica: la personalidad del autor en el estilo; mientras la regla académica de escribir conforme a canon, engendra la parálisis espiritual y el comunismo descaracterizado del rebaño.

Su literatura neológica y pintoresca, mal pergeñada también a veces, poseía una cosa superior al concepto rígidamente constructor de la academia: la vida, que es irregular, pero fecunda. Añadía a esto el prestigio de su gran virtud comunicativa: la jovialidad que era el reflejo dichoso de una salud moral inquebrantable. El estilo de Sarmiento introdujo el escándalo bienhechor de la risa, agostada por el insulso epigrama purista y por la solemnidad retórica. Rió sin bonete preceptista, «haciendo la guerra alegremente», según la fórmula de los guerreros romanos que daba su adjetivo específico a la espada desnuda: *alacris ensis*. Y tanto se adelantaba a su tiempo aquella campaña por el verbo libre del ideal, que sus frutos son todavía escasos. Tardía siempre, ay de mí, la prole del olivo de Atena.

Tras los laboriosos espejuelos de aquel desordenado redactor brillaba, sin embargo, la luz futura. Allá en su ostugo del Portal santiaguino, incúbase solitario el huevo del águila. «Educar el idioma», decía Sarmiento. «Emancipar la lengua», sostenía Figarillo (Alberdi). Todo era uno, puesto que se trataba de adaptarlo a la expresión de la libertad, libertándolo a su vez de la retórica, esa sucursal del convento y del fisco. Y la renovación del castellano ha acabado por invadir la misma España, cuya juventud intelectual escribe ahora como nosotros. Sarmiento es un precursor de Rubén Darío.

El Facundo constituye todo el programa de Sarmiento. Sus ideas literarias, su propaganda política, sus planes de educador, su concepto histórico, están ahí. Es aquella nuestra gran novela política y nuestro gran estudio constitucional: una obra cíclica. El primer escritor argentino verdaderamente digno de este nombre había nacido.

Los Recuerdos de Provincia, libro más sobrio y maduro, el mejor de Sarmiento literariamente hablando, son de aquella simiente. Representan con Facundo la tentativa lograda de hacer literatura argentina, que es decir patria; puesto que la patria consiste ante todo en la formación de un espíritu nacional cuya exterioridad sensible es el idioma. Sarmiento ha dejado ya de ser un escritor romántico. Perdida toda toda reminiscencia de escuela, es esta cosa eterna y enorme: el padre de una literatura, el representante de un pueblo. Aquel doble poema queda incorporado a la nacionalidad de una manera irrevocable. Desapareciera ésta, y todavía el espíritu argentino quedaría vivo en él. Sarmiento y Hernández con su Martín Fierro, son los únicos autores que hayan empleado elementos exclusivamente argentinos, y de aquí su indestructible originalidad. El país ha empezado a ser espiritualmente, con dos hombres. Ellos representan el proceso fundamental de las civilizaciones, que semejantes a la Tebas de Anfión, están cimentadas en cantos épicos. Así, es una verdad histórica que los poemas homéricos formaron el núcleo de la nacionalidad helénica. Saber decirlos bien era el rasgo característico del griego. Bárbaro significa revesado, tartamudo: nuestro gringo característico del griego.

Por aquellos hombres registramos nuestro natalicio como la Grecia de los héroes y la España de los paladines. Facundo y Recuerdos de Provincia, son nuestra Iliada y nuestra Odisea. Martín Fierro, nuestro Romancero. Eso no puede ser sino de aquí; sería inconcebible en cualquier otra parte; y a la vez comprende al hombre eterno que resulta inteligible para todo el mundo. He ahí la estructura de los poemas cíclicos cuya misma naturaleza excluye la repetición. Agotado así el hombre para nuestra épica, queda sólo la naturaleza que inspirará nuestras futuras Geórgicas. Entretanto, aquellas obras prueban nuestra capacidad para la más alta civilización, al constituir la hermosura del día primordial que todos los Génesis alaban, dando por fundamento al universo la creación de la luz. Sarmiento nos había certificado ya con su tipo la aptitud para la vida superior como hombres. Sus obras constituyen nuestra entidad espiritual de nación. Aquel homérica, educado como los antiguos en el destierro, por largos viajes y largas penas—pues ni este detalle típico le faltó—no hablaba en vano de la civilización: él iba a fundarla. Qué fatigas de héroe son también las Iliadas y las Odiseas.

¿Qué eran, por lo demás, el Facundo y los Recuerdos, sino

frutos de la libertad conservada aún a costa del destierro, y programas de libertad a su vez? Es que la libertad constituye la condición esencial del artista; y por esto en la luminosa Grecia de los dioses y de los héroes, prohibíase al esclavo el ejercicio de las artes. Repito que de allá proceden todos los otros libros de Sarmiento. Argirópolis, aquella nueva Isla de Utopía, sueña las confederaciones imposibles. Pero si los pueblos del antiguo virreinato no han de unirse materialmente, instituyendo en Martín García su capital quimérica (tal es el objeto de ese libro singular que demuestra una vez más la inclinación novelesca de Sarmiento) pueden hacerlo en el espíritu. Para eso están la educación y el arbitraje permanente de cuya doctrina él será iniciador en el derecho sudamericano, donde quiere verla figurar como cláusula estable: «arbitración y no guerra», dice ya en 1850.

Su último libro, la Vida de Dominguito, no es menos característico. Necrología llena de nobles páginas, de poética intimidad doméstica al modo de Lamartine, es también un tratado de pedagogía. Y precisamente cuando mezcla estos elementos, tan discordes al parecer, es cuando el libro resulta más hermoso y original. La descripción de aquella infancia es una obra maestra. Así profesaría un Fenelón que hubiese llorado. . .

La escuela de Sarmiento

por

ENRIQUE ESPINOZA

I

Con ser Facundo y Recuerdos de Provincia los libros sillares de la literatura argentina y su inolvidable autor celebrado durante medio siglo por tantas páginas magistrales, urge sin embargo aclarar de entrada que, bajo el título de «La escuela de Sarmiento», nos referimos a su formación literaria, precisamente, a tal punto se ha conseguido fijar la otra del pedagogo en primer término.

Lo que al fin y al cabo no debe extrañar, si se tiene en cuenta que antes y después de ser escritor, Sarmiento ha sido maestro de escuela, supeditando él mismo su obra de creación poética a la tarea catequizadora más inmediata, para no predicar quizá del todo en el desierto que era su país entonces.

En tal sentido, Santiago de Chile le resulta a poco un obligado oasis donde su recio temperamento de montañés, en la doble acepción de esta palabra halla modo de emplearse a fondo como periodista, crítico y autor de libros.

«La escuela de Sarmiento», insistimos, alude pues a la eclosión extraordinaria de su genio ya maduro en la prensa chilena, que llega a transformar con sus escritos en verdadera cátedra de ideas nuevas.

«EL Zonda»—qué acierto de nombre—, desatado años antes sobre San Juan, como el viento de su tierra nativa, en forma de periódico, lo había mostrado ya consciente de la misión social del escritor, para decirlo con una fórmula de nuestra época, que empieza recién a ser la suya.

Porque Sarmiento es un hijo legítimo de la Revolución libertadora. Con igual ingenio que Enrique Heine—empeñado en asegurar que había venido al mundo la última noche del año 1799, para darse por el primer poeta de su siglo—nuestro prosista máximo se jacta significativamente de su nacimiento a los nueve meses cabales del 25 de Mayo de 1810.

Como el niño Heine, ante la epopeya napoleónica del otro lado del Rin, el párvulo sanjuanino queda asimismo deslumbrado al regreso triunfal del Ejército de los Andes; y escucha también a un tambor Legrand chileno, de menos edad, los primeros recuerdos auténticos de la batalla de Chacabuco que habían de hacerlo después, a su modo, poeta.

Educado por frailes dominicos en vez de franciscanos, el joven Sarmiento sale primero a buscar la gloria en forma distinta a la del precoz cantor de Los dos granaderos. Pero cuando sus parientes lo apartan de la siembra del alfabeto, para convertirlo, como a Heine los suyos, en comerciante, descubre su destino en los libros.

Así, tras unos cuantos años de preparación, termina como el otro en París, por hacer fortuna más perdurable en Chile, pasando igualmente el contrabando en la cabeza . . .

¿No había escrito antes de salir de su provincia unas Bases para la unión de la juventud americana, siguiendo las ideas de la célebre «Asociación de Mayo», de Buenos Aires? Estas ideas son las mismas que por aquella época defiende Heine a la sombra de Fourier; las mismas que cristalizan simultáneamente en el Dogma Socialista, de Echeverría, en Montevideo; y que terminan por valerle a Sarmiento el destierro y la fama.

La polémica con don Andrés Bello y sus discípulos no tarda en dar ocasión al emigrado para desenvolver tamañas ideas en algunos de sus aspectos menos discutidos, fijando puede decirse su orientación en la materia para siempre.

Naturalmente, tan activa insurgencia contra el espíritu colonial que dominaba hasta entonces sin contrapeso en la tranquila ciudad de Santiago, le concita de pronto la enemiga de todos los literatos de la llamada escuela clásica.

¿No se atreve acaso el cuyano a ponerle reparos al mismo indiscutido maestro con motivo de su famoso Canto elegiaco al incendio de la Compañía?

Pues a la publicación de otro de sus artículos sobre ciertos «Ejercicios populares de la lengua castellana» que El Mercurio destaca para corregir errores y defectos en que incurre el pueblo, le llueven los comunicados al diario y entre ellos uno del mismo don Andrés, bajo el intencionado seudónimo de «Un Quidam».

En verdad, por su espíritu, más bien debía agradecerle al ilustre gramático la página magistral con que Sarmiento precede los susodichos «Ejercicios» del profesor chileno Fernández Garfías. Nadie había planteado hasta entonces con tanta lucidez y precisión el problema básico de la literatura americana.

Convendría, por ejemplo, saber—dice Sarmiento en forma interrogadora—si hemos de repudiar en nuestro lenguaje hablado o escrito aquellos giros o modismos que nos ha entregado el pueblo y que tan expresivos son, al mismo tiempo que recibimos como buena moneda los que usan los escritores españoles y que han recibido también del pueblo en medio del cual viven.

Ahora bien, ¿cómo responde don Andrés Bello (imposible apearle el don) a tan justa salida de Sarmiento?

Desde luego, sumándose a los espontáneos impugnadores de los pobres «Ejercicios» y de su valiente introducción en las páginas de El Mercurio.

Ambos trabajos son tomados al principio como hijos de un mismo padre; y aunque el abogado del diablo aclara en seguida el equívoco, no deja de decir también que va a defender al árbol caído contra lo que previene el adagio.

En esta misma aclaración, de apenas media columna, Sarmiento estampa de paso una máxima que con el tiempo generalizará más allá de su alcance momentáneo:

La crítica debe corregir y no matar, y por más que digan, es preferible un trabajo imperfecto al que no haya ninguno.

Y todavía a propósito de los modismos que encaja ex-profeso en esta como en la nota anterior, asegura que le llena de satisfacción la respuesta indirecta de uno de los contrincantes acerca del problema medular de su artículo, al sostener también que no es razón para repudiar entre nosotros un vocablo usado por toda clase de gentes por el hecho de que sea arcaico en España.

Hay en esta solución liberal—concluye el articulista—algo aplicable por analogía a nuestra cuestión, y que puede dar origen a muchos y muy interesantes desenvolvimientos.

Del hilo el ovillo. Es lo que hace Sarmiento, solito mi alma, ante la injusta acometida del sabio venezolano con doce de sus epígonos, a los que acaba por llevar a una discusión acerca del Romanticismo, igualmente fructífera para el desarrollo de sus ideas revolucionarias.

Mientras tanto, el hombre contesta a sus impugnadores en una serie de cuatro editoriales, macizos como vigas. Primero, dos a «Un Quidam»; luego otros dos al otro de turno, reservándose aun cuatro para divertirse a sus anchas con un par de adaptaciones circunstanciales de Larra y Jorge Sand, pues adivina ya el interés del público por su causa.

Durante esta pelea sin cuartel del gaucho malo contra la policía purista, se pasa de su lado justamente el noble José Victorino Lastarria, como lo hará un día el bravo sargento Cruz en el entrevero de Martín Fierro con una partida menos literaria...

Por paradójal que parezca, en verdad resulta que quien continúa a los clásicos no en los libros sino en la vida y el estilo popularísimo es Sarmiento y no don Andrés Bello, que si clama contra los que «iniciados en idiomas extranjeros y sin el conocimiento de los admirables modelos de nuestra rica literatura se lanzan a escribir según la versión que más han leído», es porque cree de buena fe que se puede imitar a los inimitables por excelencia.

Con cuanta razón dice, pues, Lugones, el más alto exponente de la escuela de Sarmiento, que aquellos artículos del argentino debían ser trozos selectos para nuestras clases de literatura.

Buenos Aires, Agosto de 1938.

Polémica sorda

por

ARTURO CANCELA

En la vecindad de mi casa, hay una jabonería en la que suelen reunirse algunos espiritistas. He llegado a saber que lo son, porque en sus reuniones, no obstante celebrarse de noche, se economiza la luz casi tanto como el ingenio por los escritores nacionales. Además, tuve la plena confirmación de tal carácter, porque tras de los espiritistas veía llegar a los espíritus invocados, como en pos de los conspiradores suelen ir los pesquisas. Estos últimos se deslizaban furtivamente, avergonzados de su desnuda inmaterialidad, pues, al contrario de lo que hacen los modelos de pintores, los espíritus sólo se visten cuando tienen que posar.

Noches pasadas, hallábame yo a la puerta de mi casa, cuando acertó a pasar por frente a ella la sombra de Sarmiento. La reconocí inmediatamente, gracias a su completa falta de parecido con las esculturas que perpetúan su memoria. «Este

no puede ser sino Sarmiento»— me dije al ver que no tenía punto alguno de contacto con el de Rodin y el de Sonza-Briano.

Seguro así de su identidad, le invité a pasar a mi escritorio. Atraje al gran vanidoso, con la promesa de leerle las últimas páginas que se han escrito sobre su persona.

—Va Ud. a saber la verdad sobre Ud. mismo.

—¿La verdad sobre Sarmiento?

—Así se llama el artículo que ha firmado el doctor Manuel Gálvez. Más afortunado que Pilatos, este contemporáneo nuestro sabe dónde está la verdad y la denuncia en un artículo de cien líneas. Pero el resultado es el mismo que si la ignorase; el doctor Gálvez, como Pilatos, le crucifica a Ud.

—¿Qué dice de mí?

—Dice, ante todo, que Ud. educó su espíritu en el positivismo, funesta tendencia filosófica que ya estaba definitivamente muerta en Europa, cuando Ud. la tomó como guía de su obra escrita y de su acción.

—¿El positivismo?

—Sí, señor general; el positivismo de Comte. No hay otro positivismo, a menos que el doctor Gálvez le dé a esa palabra la acepción que le prestan los comerciantes, que es la de preferir el dinero a todas las demás cosas. En cuyo caso, tanto el doctor Gálvez como el doctor Martínez Zuviría, como el señor Cancela, serían mil veces más positivistas que el pobre Sarmiento.

—¡Pero, si cuando el auge del positivismo comtiano en Francia, hacía ya muchos años que estaba completada mi formación espiritual! En materia de filósofos europeos, yo había leído a Víctor Cousin y a Jouffroi, a quienes cité con frecuencia. Estos autores, junto con Voltaire y Rousseau, constituyeron la base de mis creencias de carácter especulativo. A Comte sólo le conocí de oídas, y siendo ya sordo....

—Lo mismo le ocurre al doctor Gálvez.

—¿Qué? ¿También....?

—Quiero decir, que sólo conoce a Comte de oídas. Es por lo demás, lo mismo que le ocurre a los positivistas argentinos. Igual cosa nos acontece con Ud. Le conocemos por unos cuantos resúmenes, algunas semblanzas tan arbitrarias como sus estatuas y media docena de anécdotas recibidas por tradición oral. Todos hablamos de Ud. por oídas y todos somos un poco sordos. Y el doctor Gálvez, más que todos.

—¿Y esa es la verdad sobre Sarmiento?

—No; dice, además, que Ud. fué insensible a los valores estéticos y espirituales; que Ud. carecía de sentido histórico y que sólo se preocupó de enseñar a leer, de difundir las bibliotecas populares y de asegurar el orden. Y concluye, que hay que hacer obra antisarmientescas....

—¡Bah! ¡Bah Bah!

Y el espíritu de Sarmiento, sin despedirse, se alejó rumbo a la jabonería.

PALABRAS SOBRE SECH

SECH, palabra que no se encuentra en ningún diccionario, se forma juntando las iniciales de las tres palabras principales del nombre de la institución a que aquella revista bimestral le sirve de órgano; la Sociedad de Escritores de Chile. Se trata de una revista única en su género: «SECH pretende ser», de acuerdo con un anuncio insertado en el número inaugural, «un órgano gremial, no sólo desde el punto de vista del oficio del escritor, sino también desde el punto de vista espiritual del mismo. Es decir, en ella se dará preferencia a los asuntos que atañan al escritor como productor y como creador.»

Es sumamente interesante apuntar que, en virtud del reglamento aprobado por la sociedad, SECH no publica reseñas de otros libros que los escritos por autores «que están ya fuera del comercio literario». Tampoco publica cuentos, poesías, prosas rimadas, etc. Queda, sin embargo, libre el campo de sus cuarenta o cincuenta páginas, esmeradamente impresas, para artículos, informaciones y manifiestos de interés gremial, para ensayos sobre la cultura en sus variadas manifestaciones y para monografías que versen sobre autores que ya han pasado a mejor vida.

Lo de excluir poesías y trabajos de imaginación en prosa, como asimismo la crónica bibliográfica, es algo desusado en la América Latina, donde hasta las revistas de medicina, ingeniería y seguros de vida (podríamos citar nombres concretos) tienen que ceder espacio a los cirujanos, ingenieros de minas y vendedores de pólizas que en sus ratos perdidos rinden culto a las musas. Pero no por desusada deja esta actitud de tener sus ventajas. Desde luego, en el caso de SECH, ha contribuido a que los seis cuadernos del primer año de publicación formen un volumen de enjundiosa lectura, de mucho más valor cultural que si estuviese repleto de lirismo, ficción y cumplidos críticos. Ahí están, por ejemplo, el número 4, dedicado a Horacio Quiroga; el tercero, a García Lorca y a Pablo Neruda (con este último se hizo una excepción a la regla de que no se discuta a los chilenos vivos); y el sexto, a Guillermo Enrique Hudson. (Dirección de SECH: Clasificador E-370, Santiago de Chile).

—De *Correo de la Of. de Cooperación Intelectual*. N.º 14, Julio de 1938. Washington.



CeDICI